

Frente Libertario

ORGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Madrid,
17 diciembre
de 1936

Número 31

editado por el comité de defensa - región centro

Todas las tendencias revolucionarias deben tener un denominador común: el aplastamiento del enemigo para construir la nueva era social

Ante la disolución de las Juntas de Defensa y de los Comités de Enlace

La Prensa de ayer nos sorprendió con una noticia cuya importancia no puede pasar desapercibida para ningún organismo verdaderamente revolucionario. Tal noticia daba cuenta de que el Gobierno, sin previa consulta a las organizaciones obreras y a los partidos políticos antifascistas, ha tomado el acuerdo de anular todas las Juntas de Defensa y Comités de Enlace que el pueblo había creado, por acción directa revolucionaria, para reemplazar eficazmente a los organismos caducos o contraproducentes de la falsa democracia burguesa, que debió quedar liquidada el día 19 de julio. Añaden los telegramas publicados por los periódicos, que el Gobierno creará unos Consejos provinciales, que serán presididos por los gobernadores civiles.

Como no conocemos aún el texto del decreto a que se refieren esas noticias, no podemos dar firmeza definitiva a nuestro comentario, que queda pendiente de la exactitud de la información; pero aun así, conveniente será que expongamos el criterio general de nuestra organización acerca del asunto aludido por los telegramas. Siempre hemos sido partidarios de la acción directa de los trabajadores, y constantemente nos hemos opuesto a la política. Nada tiene, pues, de extraño, que deseemos encauzar las actividades creadoras del proletariado español en el momento actual mediante los Sindicatos, que son los órganos más eficaces de la Revolución y deben tender a capacitarse para administrar por completo toda la vida de que ayer era dueño el capitalismo, con el que se enfrentaban en la lucha sindical.

Poco después de estallar la rebelión fascista, nosotros, los trabajadores revolucionarios de la C. N. T., encontrábamos el mayor motivo de satisfacción en el hecho de que todos los antifascistas, tanto netamente proletarios como de matiz pequeño burgués, ya de las organizaciones sindicales como de los partidos republicanos, aun sin haber conocido nuestra propaganda confederal, creaban directamente en cada pueblo los Comités de Enlace o Juntas de Defensa, que, después de anular a los inservibles Ayuntamientos, se encargaban de cumplir las más diversas misiones constructivas en el área municipal.

Veíamos nosotros en esos organismos las células constituyentes de la España nueva. Con el mayor placer advertimos cómo esas Juntas de Defensa, reuniéndose, federándose, determinaban la creación de Comités provinciales y regionales. Nadie ignora que los anarquistas españoles, precisamente por razón de nuestro apolitismo de siempre, no nos preocupamos de contar con tales o cuales gobernadores afectos a nuestra causa, sino que antes del 19 de julio propusimos a los compañeros de la U. G. T. la constitución de la Alianza Obrera Revolucionaria, y, después, ya en este período de lucha y de transformación social, hemos propugnado la creación de los Consejos Regionales de Defensa, de un Consejo Nacional de la misma naturaleza, por que entendíamos que en estos órganos de raíz popular podrían compartir la responsabilidad de dirigir la guerra y la revolución todas las fuerzas antifascistas dotadas de capacidad creadora.

Para nosotros, la revolución no puede hacerse por decreto, desde arriba, sino que ha de ser obra propia del pueblo trabajador, cuyas energías pueden cimentarla, y ha de desarrollarse de abajo a arriba, como todas las construcciones con base de realidad. Estábamos preocupados por ver que esa acción directa del pueblo empezaba a sentir el freno de la política, bajo cuya influencia perdía impulso creador. En estos dos últimos meses, los Sindicatos de algunas regiones, en vez de acrecentar responsablemente su capacidad administrativa, fueron reduciéndola, no sólo porque las necesidades de la guerra absorbían la mayor parte de sus fuerzas, sino también porque los organismos oficiales desautorizaban e interrumpían la labor que habían iniciado en cuestiones como las de Abastos, Transportes, etc.

El decreto por medio del cual suprime el Gobierno los organismos revolucionarios de raíz popular, publicado en el momento en que nosotros deseáramos dar más eficacia a todos aquellos organismos mediante una estrecha cohesión entre todos ellos, forzosamente ha de extrañarnos. Ese decreto tiene una importancia trascendental, no sólo porque afecta a todas las regiones españolas redimidas del fascismo, sino porque entraña el propósito de posponer la administración popular directa a la organización oficial política. No es la primera vez que se hace algo de esto. En Madrid, la Junta de Defensa anuló varios organismos creados por el pueblo. Y cuando ha querido sustituirlos en las labores que realizaban, ha fracasado en su empeño, a pesar de disponer del auxilio leal y máximo de toda la población antifascista de esta capital. Hay tareas que sólo pueden realizar satisfactoriamente las organizaciones del proletariado, a las cuales se enrolan en estos momentos los partidos políticos de índole democrática. El transporte, tan necesario para la guerra, no puede ser organizado eficazmente por un organismo improvisado; sólo pueden organizarlo los Sindicatos del ramo. Con todas las demás cuestiones de la vida social ocurre lo mismo. Sin la capacidad de los trabajadores organizados, no es posible llevar a cabo ninguna obra perdurable.

El Gobierno mismo da indicios de comprender y aun de tener en cuenta estas razones, ajustadas por completo a la realidad, porque, a juzgar por lo que dice la Prensa, al mismo tiempo que anula las Juntas de Defensa creadas en los pueblos crea los Comités provinciales. Ahora bien; el hecho de que tales Comités sean presididos por los gobernadores civiles, plantea el siguiente dilema: si los Comités provinciales son aptos para desempeñar la misión que les incumbe, les estorban los gobernadores, y, por el contrario, si a los gobernadores corresponde la facultad resolutoria, sobran los Comités. Pretender unir la administración con la política es tanto como extender a toda España el problema de fondo que ha dado lugar a la crisis de la Generalidad de Cataluña. Y ahora que nombramos a la Generalidad, pensamos cómo recibiría ésta un decreto por medio del cual se determinase que la presidiera un representante directo y exclusivo del Gobierno central. Una con-

sideración semejante podríamos hacer acerca del Gobierno de Euzkadi o del Consejo Regional de Defensa de Aragón. Estos organismos no niegan jamás al Gobierno su mayor y más leal ayuda; pero no han nacido para supeditarse en todo a unos representantes del Gobierno de la República.

No profundizamos en esta cuestión precisamente porque, como antes decimos, desconocemos el decreto que nos la plantea; pero, de todos modos, no queremos terminar estos comentarios, sin decir que la capacidad de los trabajadores organizados se manifiestan, no sólo en los asuntos específicamente económicos, sino también en los de guerra. La C. N. T., por lo menos, al estallar la rebelión fascista y erguirse contra ella, ha creado los organismos que necesitaba para atender por sí misma, directamente, a las cuestiones bélicas. Nuestros Comités de Defensa Confederal, que ya han conseguido recoger numerosos elementos técnicos militares que al pueblo le son necesarios, están cumpliendo su misión de lucha antifascista de un modo excelente, como prueba el hecho de que los frentes de Aragón, aquellos en que Durruti supo organizar victorias firmes, han sido un ejemplo aleccionador para los mismos generales que rodeaban al ministro de la Guerra.

La revolución ha de ser obra del pueblo, que además de contar con los Sindicatos había creado, con fino sentido de las contingencias de la realidad actual, los Comités de Enlace en que se unían para la misma obra todas las fuerzas antifascistas. Para garantizar la revolución, lo más necesario era cohesionar dentro de un plan general y único todos esos organismos de raíz popular. Anularlos es un error que pronto nos hará sentir sus consecuencias.

Alemania e Italia con sus crímenes de Bélgica y Abisinia, colaboran en la obra de asesinatos de gente indefensa española.

Y todavía viven y bullen en Ginebra "ilustres estadistas" del mundo entero que no se avergüenzan de codearse con criminales de esa calaña.

¡Oh, la diplomacia!

La participación de la C. N. T. en el Gobierno

Al pretender la Confederación una responsabilidad en la dirección gubernamental en contra del fascismo, estaba más que justificada, por cuantiosa multitud considerable de trabajadores y por su gran número de combatientes. Su participación en el Gobierno no implica dejación de ideología y táctica; ha sido una necesidad impuesta por las circunstancias de la lucha; pero no es menos cierto que con esta intervención puede resultar el fortalecimiento del Estado en perjuicio de la humanidad; o que las ideas libertarias vayan realizándose sin obstáculos bruscos, que impone el mismo Estado.

Fueron muchos los hombres que quisieron conquistar el Estado y no hicieron más que contagiarse de privilegio y autoridad, sirviendo estos intereses como el más vil imperialista, propagando a los trabajadores esta necesidad que va en perjuicio de ellos mismos, aunque éstos no lo reconozcan.

No podemos pensar que por el hecho de formar parte en el Gobierno algunos hombres que se llamen anarquistas, ni poner en duda que hayan dejado de serlo, porque no hacen más que cumplir un mandato de organización, el Estado vaya a perder las condiciones que le son peculiares, condiciones todas de opresión y tiranía.

Con el régimen capitalista debe ser la terminación de la autoridad en la sociedad humana, comenzando la era de paz con la iniciación de la civilización libertaria.

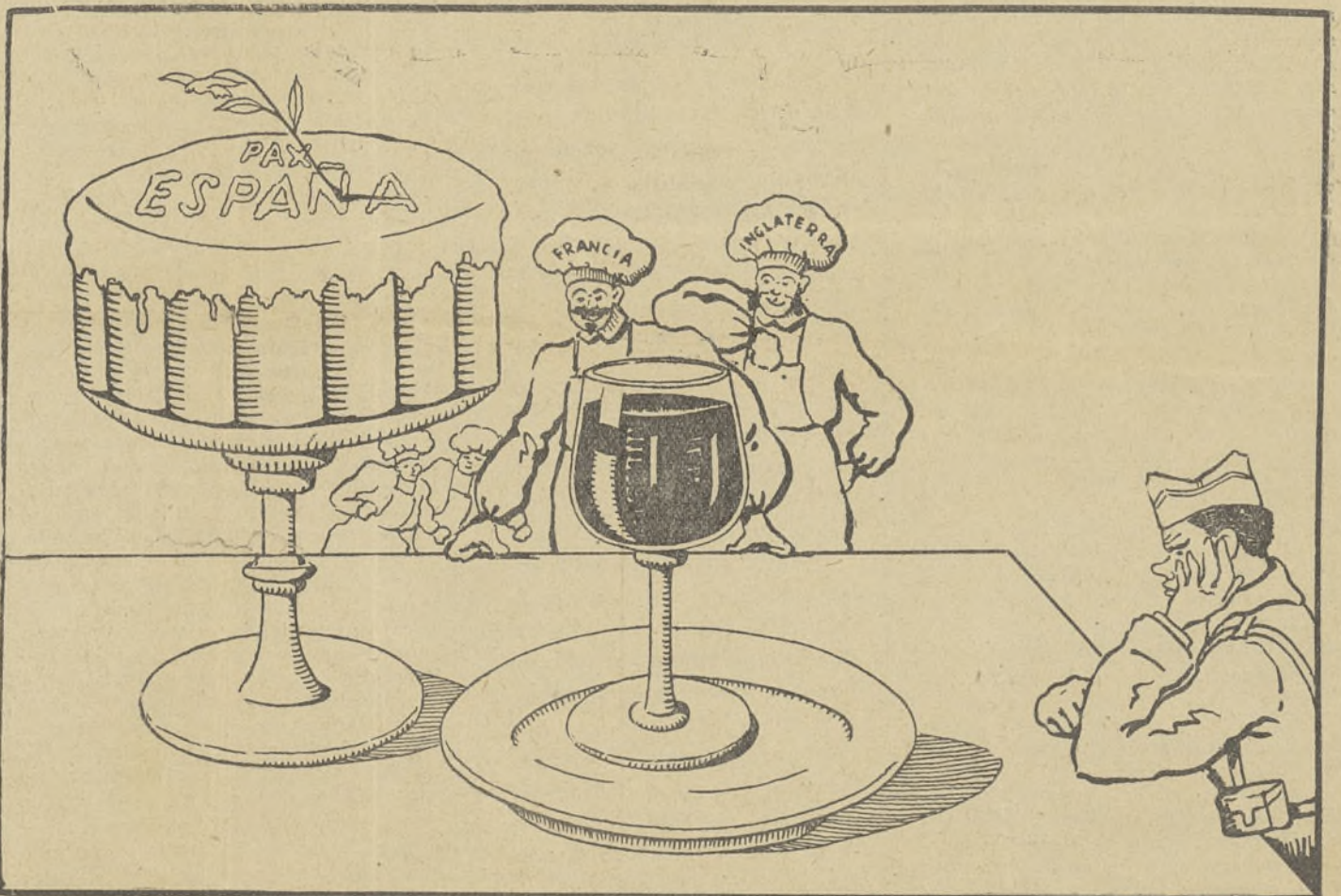
La humanidad en estos momentos no tiene necesidad de autoridades personales, no debe de otorgar el derecho a gobernarla a nadie; debe participar en la gobernanza de todos sus problemas por medio de sus organizaciones.

El sufragio político es el último reducto de la tiranía, y en la lucha entablada entre ella y la libertad no se puede persistir en defenderle, porque es un

procedimiento hartamente probado que no sirve en estos momentos más que pasajera y a la causa de la libertad.

Hay que instaurar claramente, conundentemente, los organismos adecuados para la terminación del privilegio. La única necesidad que tiene la humanidad de la autoridad para regir sus destinos no es otra que la que pretenden imponernos a sangre y fuego los que de ella se benefician. Así nos plantearon la lucha, así tenemos que aceptarla, así tenemos que combatir y vencer; pero vencer para estirpar la tiranía en todas sus manifestaciones.

Hay que facilitar a las organizaciones de productores la posesión de los medios de producción y cambio, socializando la riqueza nacional; siendo estas organizaciones las que la regularicen e impulsen, si no pretendemos que la evolución histórica nos imponga una vez más la lucha fratricida de conseguirlo por procedimientos de muerte.



GINEBRA

Política internacional

Al fin, la prensa leal reacciona contra la farsa de Ginebra.—Alemania y Portugal se mofan de los acuerdos de Ginebra

¿Acabaremos al fin de ver con los ojos abiertos a toda la Prensa leal que se imprime en Madrid? Ya hoy hemos tenido ocasión de constatar en periódicos como «Política» titulares como «Mientras en Londres sigue la farsa» y «Las potencias democráticas adoptan posiciones defensivas». «El Socialista», tan acostumbrado a la crítica, se limita ya a dar información escueta, prescindiendo de los resonantes titulares que enaltecían los «supuestos triunfos» de Alvarez del Vayo.

Es lógico que al fin la sensatez se imponga. Lo contrario sería peor para nuestra causa común. No sirve de nada alimentarse de palabras más o menos sonoras. La realidad es más nutritiva, por muy dolorosa que sea. Y en estos momentos históricos, la realidad de la política internacional no nos puede ser grata.

Las tibiezas que la Sociedad de Naciones, con sus Comités y Subcomités, ha venido empleando en todos los asuntos que desde tiempo infinito han surgido al panorama internacional por culpa de los fascistas, han sido siempre peligrosas para los pueblos libres. La Sociedad de Naciones, que debió servir de instrumento de defensa de los países atropellados por la fuerza de los más poderosos, ha venido a desempeñar la función de instrumento que ha servido para legalizar y justificar los atropellos de los países fuertes contra los países débiles. Y a ello se han venido prestando también, con un descaro inaudito, las potencias democráticas. Exceptuamos expresamente de esta complicidad a Rusia, que desde que destruyó para siempre el régimen capitalista, ha venido siendo el único estado que dentro del cuerpo ginebrino ha obstinado, incluso sistemáticamente en algunas ocasiones, la labor jesuítica de la diplomacia internacional.

Cuando hablábamos con dureza contra la comedia de Ginebra y nos sentíamos solos en nuestra crítica, teníamos la convicción de que nuestra manera de ver y enjuiciar las cosas se generalizaría. Y ya estamos viendo, no sin pena, que al no rectificarse la criminal política ginebrina (y nuestra pena es ésta), forzosamente tenían que desengañarse todos los elementos antifascistas y se tendrían que dar cuenta que hemos estado perdiendo el tiempo en Ginebra y con los formidables discursos de nuestra delegación, cuando abordaba nuestro litigio de soslayo en lugar de afrontarlo de lleno.

Vienen a ser Alemania y Portugal quienes dan un puntapié grosero y chulón a los acuerdos y pactos de Ginebra. No aceptan nada. No reconocen nada. Sólo les interesa seguir enviando armas y municiones a los fasciosos. También quieren seguir enviando hombres. Y si las potencias extranjeras que se llaman democráticas no reaccionan, el único medio de ayuda eficaz que nosotros tendremos que esperar del extranjero es la del proletariado organizado. Esta es la fuerza que nosotros debemos movilizar. A ella hay que dirigir nuestros resortes. Y entonces nos sentiremos francamente asistidos desde el extranjero.

Ayer, durante la visita que al filo del mediodía nos han hecho los trimotores al servicio de Hitler y Mussolini, los recién extranjerizados acogidos en la Embajada cubana, domiciliada en la calle de Serrano, número 70, se han delatado a sí mismos, disparando con pistolas, mosquetones y arrojando bombas de mano.

Han herido gravemente a un inocente niño de doce años.

¿A qué se espera para proceder contra estos renegados que se extranjerizan ilegalmente y contra las las Embajadas que los avalan?

Es necesario...

En esta sección iremos apuntando ideas, que pueden plasmarse en realidades toda vez que no están inspiradas en suposiciones, sino que son hijas de la experiencia y en más de una ocasión ha servido alguna de ellas para salvar muchas vidas en otra guerra, de horrible recuerdo, la que se dió en llamar Gran Guerra.

Estas iniciativas las brindamos a nuestros actuales gobernantes, para el que le corresponda, las estudie sin prejuicio alguno y como todas son factibles y de utilidad pública las ponga en práctica, de lo que resultará bien para todos, que eso y no otra cosa debe ser la resultante de las labores gubernamentales.

Empezaremos hoy con un medio de defensa contra ataques aéreos, ya que, con razón, se esperan posibles y repetidas agresiones por aire. Si la guerra se hiciera siempre con enemigos honrados, estas advertencias nuestras no tendrían valor, puesto que los ataques aéreos no habría que temerlos más que en el frente y en los objetivos militares; pero como la realidad es otra y estamos tocando los resultados destructores de los aviones facciosos entre la población indefensa, de aquí la razón de nuestras advertencias.

DEFENSA DE CASAS.—En todas las casas debe ser obligatoria la colocación de sacos terreros en las claraboyas de las escaleras o en los terrados. Estos sacos serán en número aproximado de treinta, y su objeto es el siguiente: Una vez colocados uno contra otro, forman un solo cuerpo, que hace que, al chocar la espoleta contra ellos, explote la bomba en el tejado, aminorando en

grado sumo el peligro que supone estallar en el interior de la casa. Esto, en cuanto a las bombas explosivas. Y en cuanto a las granadas incendiarias, como su composición química anula el empleo del agua, con la tierra o arena de los sacos puede sofocarse al momento el incendio inicial.

El acarreo de los sacos terreros correrá a cargo de los vecinos de las casas, bajo la dirección de los Comités de vecinos, teniendo la obligación cada uno de acomodar los sacos que a prorroto le correspondan.

Tierra y arena sobran en todas partes con la cantidad de desmontes que existen; hombres que quieren y puedan emplearse, también, puesto que cada uno se hace lo suyo. Lo único que falta es que el Gobierno dé la orden de empezar y los Comités de vecinos cumplirán con su obligación, pudiendo estar terminados estos trabajos de defensa en todo Madrid en el espacio de cuatro horas.

Sin mala intención VARIAS PREGUNTAS INGENUAS

¿Es cierto que en una provincia de las redimidas del fascismo, regentada por un gobernador socialista, no se permite a los trabajadores encuadrarse donde les conviene y en la organización que goza de sus simpatías y que está de acuerdo con su forma de pensar?

¿Es todavía más cierto que ese gobernador a quien pone las trabas a que nos referimos en la pregunta anterior es precisamente a la C. N. T.?

¿Hasta cuándo se va a tolerar que la quinta columna siga emboscada en los edificios de ciertas Embajadas, ametrallando a los niños de la población madrileña?

¿Es que una tal actitud de criminalidad puede aún frenar las ansias de justicia que sienten el pueblo antifascista, ante tamañas monstruosidades?

GRÁFICAS NACIONAL.—Abascañ, 4.—MADRID

Del 9 largo

¿Serán tan... insensatos los primates de Ginebra que supondrán que creemos sus mentiras cuando hablan del Derecho y de la Paz?

¿No sería muy conveniente que en una de esas sesiones donde se floretean los "ilustres estadistas" del mundo, hiciera acto de presencia una nutrida escuadrilla de aviones y, con su descarga les hicieran comprender la verdad?

¿Se ha perdido la dignidad humana hasta el punto de que no importen los asesinatos de inocentes criaturas, con tal de asegurar sueldos en oro a los profesionales del disimulo y el engaño oficiales?

¿Es que la vida y la potencia de una nación estriba sólo en la verborrea de un diplomático y no hay fuerzas vitales auténticas que puedan defender la existencia de esa nación?

¿Es que la Sociedad de Naciones ha servido desde su fundación para algo que no sea el haber dado estado legal a todos los atropellos que han cometido las naciones poco escrupulosas?

La aviación fascista y la quinta columna

Prosigue la criminalidad fascista. Sistemáticamente, los aviadores fascistas han venido atentando contra la población civil madrileña. Hoy han reanudado sus agresiones mortales. La furia fascista se ha desencadenado en Tetuán de las Victorias, donde, según informes que nos llegan, han caído víctimas de la metralla mujeres y niños, que apacibles transitaban por las calles o que se hallaban dedicadas a las atenciones del hogar. Ninguna de las víctimas representaban objetivo militar o de guerra.

La barbarie fascista sigue su curso destructor y mortífero. Siembran la muerte y la desolación por doquier. El mundo contempla horrorizado estas matanzas crueles y alevosas. Con los puños crispados escribimos estas líneas, que contienen todo nuestro odio concentrado.

Pero lo más alevoso en la nota del día es la agresión que los fascistas cobijados bajo el pabellón cubano, enarbolado en una de las muchas casas que recientemente se han extranjerizado, han hecho objeto a los transeúntes pacíficos que circulaban confiados por las calles de la ciudad. Desde las ventanas, barandillas, balaustradas y jardines de dicha casa, unos fascistas emboscados, de los sedicentes refugiados, han lanzado bombas de mano, disparos de fusil y pistola a la calle, dirigidos a los transeúntes, sin objetivo militar ni guerrero. El solo objetivo es el crimen y la matanza por sadismo.

La bestia fascista, en su agonía es capaz de cometer los peores crímenes.

¿Quién es el culpable directo de tanto crimen. Los encargados de velar por el orden público y por la seguridad de la seguridad de los ciudadanos. Pues no les hemos regateado desde estas columnas las advertencias y las denuncias de gentes sospechosas, de Embajadas y pabellones que nos parecían dudosos y que al fin se han revelado fascistas y madrigeras de fascistas. La misión de los encargados de velar por el orden y la extirpación del fascismo, desde que iniciamos nuestra serie de denuncias y de llamadas de atención, era de proceder a un riguroso registro de todas las Embajadas, Consulados, Legaciones y edificios consignados bajo la protección de alguna de estas representaciones extranjeras. Allí hubieran encontrado el componente exacto de la quinta columna de Mola. Porque esta gentuza no se resigna a morir abrazada a la libertad. Quiere perecer entre los improperios de las multitudes que la detesta.

¿Hasta cuándo piensan dejar sin registrar todas las Embajadas, Consulados, Legaciones y pabellones? El precedente debe servirles de algo más importante que las contemplaciones que se vienen empleando hasta ahora.

Revolución Social

La Prensa debe estar al servicio del proletariado

Antes de la revolución, durante ella y en el período intensamente constructivo que ha de seguir al hecho violento, tiene la Prensa una misión extraordinariamente delicada y sobremana decisiva. Es la Prensa quien moldea y forma las conciencias, preparando las masas trabajadoras para lanzarse con heroísmo a la conquista plena de sus reivindicaciones. Es la Prensa, también, quien en las horas dramáticas de la lucha, en los instantes críticos en que la victoria parece difícil y la derrota inminente, debe mantener la moral de los luchadores, hacerles reaccionar frente a la adversidad, empujarles por el camino de la victoria y el triunfo. Pero, con ser importante el papel de la Prensa antes y después de la Revolución, todavía tiene mayor trascendencia la obra que tiene que emprender y desarrollar cuando dejan de tronar los cañones y se abre la era dolorosa de construir una sociedad nueva sobre las ruinas de la que cayó hecha pedazos bajo el impulso gigante de las masas obreras levantadas en armas.

Forzoso es confesar que la Prensa española no ha sabido estar, ni antes ni durante la lucha revolucionaria, a la altura de su misión. Los grandes periódicos—algunos de los cuales subsiste aún—estaban en mano de empresas capitalistas, de negociantes que utilizaban la letra impresa como escabel para lograr puestos de relumbrón o como ganzúa para realizar fabulosos negocios. Un diario, por ejemplo, tenía como deber único defender ciertas concesiones de grasas, incompatibles con el bien público; otro no tenía más misión que elogiar a todos los gobernantes, fueran los que fuesen, para que determinada partida del arancel siguiera en pie; casi todos, más que servir al pueblo, más que defender los intereses del país, se preocupaban exclusivamente de que su empresarios lograsen los más pingües beneficios. A ninguno—excepción hecha de los periódicos obreros—le importaba poco ni mucho defender al proletariado; la mayoría veían en los trabajadores organizados un enemigo contra el que debían emplearse la injuria y la calumnia como armas predilectas. Eran adversarios decididos de la revolución. Todavía lo son hoy. Con todo el disimulo que las circunstancias les imponen. Pero enemigos, en el fondo, de todo lo que signifique un solo paso más adelante de una republicanía hondamente burguesa.

Si, una vez ganada la guerra, queremos que la revolución no se desvíe ni se malogre, hemos de tener mucho cuidado con la Prensa. Ella puede contribuir, habilidosamente, a crear un ambiente contrario a las transformaciones sociales. Y, en cambio, si sabemos utilizarla, puede facilitarnos el camino que forzosamente habremos de seguir.

Lo peor del caso no es que gran número de periódicos, influenciados por sus empresas, sean enemigos descarados o encubiertos de la Revolución, sino que lo son también la inmensa mayoría de los periodistas. Un poco extraño resulta esto. El periodista es un trabajador más, peor pagado que la mayoría. Parecía lógico que sintiera en su totalidad las mismas ansias redentoras que agitan y mueven a las masas proletarias de España. Sin embargo, muchos de entre ellos se sienten solidarizados con las empresas, tanto o más burgueses que ellas. Temen a la Revolución. Odian a la Revolución. Y harán cuanto en su mano esté por impedirle triunfar de una manera plena y total. Hay excepciones, naturalmente. Muchos periodistas están en las trincheras o han caído en los frentes en la lucha por la Revolución; otros trabajan desde sus puestos al lado del proletariado. Pero hay una mayoría—la de aquellos que marcharon precipitadamente rumbo a las dulces costas de Levante—que sienten un odio de nuevos ricos por sus hermanos de clase.

Hace tiempo que los anarquistas comprendimos toda la importancia de la Prensa en el desenvolvimiento de la Revolución. Pero tropezamos hasta ahora con la carencia de medios económicos para realizar nuestros planes. Esta escasez de medios ha desaparecido hoy. Los Sindicatos, las organizaciones obreras, pueden y deben controlar la Prensa diaria para obligarla a servir a la revolución en marcha. Hoy es urgente esta necesidad. Pero cuando la lucha termine y comience la hora difícil de la reconstrucción de la sociedad sobre bases nuevas, entonces será de todo punto imprescindible que toda la Prensa esté al servicio del pueblo para mejor encauzar y dirigir la formidable Revolución en marcha.

Ayer contamos en una cola de la calle del Arenal veintidós mozos de veinte a treinta años. En una cola de Bravo Murillo, dieciocho mozos de la misma edad. En las calles de Fuencarral y Ponzano, en otras dos enormes colas, también pudimos contar hasta una cincuentena.

No es que fuera muy temprano; era precisamente entre nueve y diez de la mañana. Hora en que ya que no les atrae la lucha contra la tiranía en los frentes, debieran estar trabajando.

Preguntamos: ¿no hay ocupación para estos mocetones de las colas? ¿O es que son incoloros, sin otra misión que la de comer?

Breve síntesis de la jornada de ayer

SECTOR DE LA BOMBILLA.—Durante la noche el enemigo trató de acercarse a nuestras líneas, utilizando bombas de mano, morteros y fusilería, siendo rechazado por las milicias, que les causaron bastantes bajas.

SECTOR DE LA CASA DE CAMPO.—La pasada noche ha habido en este sector vivo fuego de fusilería del enemigo, que ha sido contestado por nuestros compañeros, y durante el día de hoy no se ha alterado la tranquilidad en este sector, salvo el paqueo cotidiano.

SECTOR DE CARABANCHEL BAJO.—Como en el anterior sector, hubo en la noche alguna presión del enemigo, pero fué silenciado rápidamente por las milicias.

SECTOR DE CIEMPOZUELOS.—La jornada ha sido bastante agitada, por el intenso tiroteo y fuego de cañón.